ALACENA
BOLSILLO

FONDO EDITORIAL
DE NUEVO LEÓN

Eduardo Antonio Parra

Nostalgia de la sombra

Eduardo Antonio Parra

◆

Nostalgia de la sombra

Ediciones Era

FONDO EDITORIAL
DE NUEVO LEÓN

Coedición Ediciones Era / Fondo Editorial de Nuevo León

Edición original: Joaquín Mortiz, 2002
Primera edición en Alacena Bolsillo: 2025
ISBN: 978-607-445-667-7 (Era)
ISBN: 978-607-8913-49-7 (FENL)
DR © 2025, Ediciones Era, S. A. de C. V.
Mérida 4, colonia Roma, 06700
Ciudad de México
www.edicionesera.com.mx

Fondo Editorial de Nuevo León
Zuazua 105-2 sur, colonia Centro, 64000
Monterrey, Nuevo León
www.fondoeditorialnl.gob.mx

Diseño de portada: Germán Montalvo
Diseño de interiores: Jacqueline Roldán

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido
total o parcialmente por ningún medio o método
sin la autorización por escrito del editor.

This book may not be reproduced, in whole or in part,
in any form, without written permission from the publishers.

Para Claudia Guillén,
luz entre las sombras

I

Nada como matar a un hombre. La frase resuena en las paredes de su cráneo y Ramiro reconoce bajo la piel un ligero aumento en la temperatura sanguínea. Es la única manera de saber que valió la pena venir a este mundo. Camina lento, con cuidado, acomodando sus pasos a la superficie irregular de la banqueta mientras esquiva a los traficantes de facturas y documentos, a los mendigos, a los puesteros que mantienen la calle en estado de sitio. No ve los rostros de quienes se apresuran a guarecerse en los portales a causa de los ronquidos del cielo y las ráfagas de aire acuoso: avanza con la mirada baja entre los vapores de las fondas, concentrado en el pensamiento que se repite y diversifica dentro de su mente a modo de letanía. Suprimir a un prójimo. Bajarlo del tren. Sacarlo del juego. Alza los ojos cuando llega a la plaza que recuerda siempre atestada de inconformes, de maestros en tiendas de campaña, de campesinos en protesta. Las primeras gotas de una llovizna aún tímida amontonan a vendedores y caminantes bajo los arcos, y ante la mirada de Ramiro se extiende casi desierto el atrio de Santo Domingo. Nada como sentir que la sangre de otro nos remoja la piel y quedarnos con su último respiro. Ver cómo boquea, cómo se deshace por jalar un buche del aire que jamás llenará otra vez sus pulmones. Se detiene al lado de la fuente sobre la cual una anciana sentada domina el paisaje. Su perfil lo hace pensar en antiguas monedas, en ciertos billetes, aunque no precisa quién es. Enciende un cigarro y mira a la multitud apretujada entre gruesos pilares, imprentas manuales y escri-

torios públicos. Aspira el humo salpicado de humedad y en el esófago se le alborotan los alcoholes que bebió durante la comida. Sí, medir fuerzas con él. Bocabajearlo. Demostrarle que su vida tiene tanto valor como la del perro al que apedreamos porque se cruzó en nuestro camino. Sin coraje, sin lástima, por el sencillo placer de sentirnos poderosos, capaces de arrancar un pellejo ajeno. Eructa y un acceso de asco le nubla la vista. Necesita seguir bebiendo, lo sabe, mas no tiene prisa. Fuma de nuevo. Procura distraer las agruras contemplando los edificios virreinales. La llovizna, cada vez más nutrida, chasquea en las piedras del suelo, le cubre de puntos la camisa, hace vibrar la piel de su rostro; sin embargo, Ramiro continúa inmóvil muy cerca de la fuente central de la plaza, con la mirada perdida en el pórtico del templo. Quitar de en medio a un hombre es fácil, Damián. Pero nunca me habías encargado matar a una mujer.

Una gota certera se precipita sobre la brasa de su cigarro y la sofoca con un chirrido. Ramiro murmura una maldición. El agua que le escurre del cabello corre por su frente, enfriándole un poco la sangre y obligándolo a buscar un refugio. El único disponible es el mismo en el que todos han pensado. Saca el pañuelo, se seca y camina hacia los arcos. Encuentra un espacio libre entre el gentío al tiempo que extrae un nuevo cigarro de la cajetilla. Desde ahí admira el antiguo Palacio de la Inquisición, pero en cuanto trata de abandonarse en su estructura, la idea que ronda su cabeza, fija, obsesiva, vuelve a la carga. Una mujer. Difícil imaginarlo. Ni siquiera en los peores momentos pude visualizar la mueca de la muerte en un rostro femenino, las últimas contorsiones en uno de esos cuerpos hechos para cualquier otra cosa, menos para ser aniquilados. El

asco asciende hasta su garganta. Ramiro sigue un sendero a través de la gente con el fin de arribar a la calle.

Ni la lluvia que ahora azota la ciudad con fuerza ha detenido la metralla de las máquinas de escribir. El tableteo encuentra un reducto en su memoria y ahí se instala para traerle sensaciones de otra época. Siempre ha deseado venir a sentarse junto a uno de los evangelistas como cualquier analfabeto y dictar una carta abriendo en torrente su vida. Una carta dirigida al pasado. A Victoria. Pero Victoria no se acuerda de mí. Ni yo de ella. Es absurdo. Además, en caso de querer hacerlo deveras, no tendría que recurrir a ninguno de estos hombres que sudan y se afanan llenando de palabras solicitudes de empleo, tesis, declaraciones y esquelas. Ramiro avanza unos metros hasta donde una mujer joven, vestida de negro, susurra su sentir, con voz débil y lágrimas en los ojos, a un escribiente gordo de semblante fatigado. Una viuda, seguro. A todas se les nota cuando han perdido al marido. Apenas lo piensa, repara en que es mucho más difícil identificar a un viudo. Lógico, Ramiro: las mujeres son fieles y sentimentales; guardan luto, con la ropa o con la expresión. Son distintas. Sus reflexiones lo incomodan, lo hacen acordarse del disgusto que se llevó al abrir el sobre con los generales de su próximo objetivo. La orden de Damián fue clara. Tu cliente es una mujer, dijo. Se llama Maricruz Escobedo. Al pasar junto a la viuda y el evangelista un perfume dulzón se le echa encima, envolviéndolo, aislándolo de los humores corporales de los demás, del olor a tierra mojada, del aroma del tabaco. Entonces la necesidad de otro trago se torna urgente y Ramiro se abre camino a empujones y codazos hasta llegar bajo la lluvia.

Después de recibirlo con los acordes de un bolero lacrimó-

geno cuya letra no pudo entender, el Salón Vasco se va sumergiendo en un murmullo que amortigua los ruidos de afuera. Ramiro ordena la segunda copa a una morena menuda que flota de mesa en mesa. Aplasta la colilla en el cenicero y mira la fotografía. No encuentra un motivo válido para arrebatarle esa mujer al mundo. Debe ser una madre amorosa, con un trabajo productivo, una vida que ha aprendido a disfrutar con el paso de los años. La imagina sorteando los obstáculos que el mundo opone a las mujeres, obligada a demostrar su capacidad día a día con objeto de no perder lo ganado. Quizás es una dama, y a lo mejor hasta agradable. Los papeles que le entregó Damián tampoco le dicen gran cosa: una dirección en la colonia Vista Hermosa, en Monterrey, los nombres y señas del marido y los hijos, la dirección de su oficina. Su edad: cuarenta y dos años, aunque en la imagen aparece mucho más joven, apenas recién salida de la adolescencia. La humedad de su ropa casi ha terminado de evaporarse, pero a cada movimiento de su cuerpo un frío interno le pone la piel de gallina. Apura el brandy de un trago y pide otro con un gesto distraído, en tanto se pregunta si ahora la dama lucirá igual. Es posible, aunque ellas cambian bastante. Acaso sea una Maricruz Escobedo sin nada que ver con la que sus dedos acarician como si deseara adivinar qué piensa por medio de la textura del papel.

Un largo mugido de trompeta le provoca un sobresalto. Detrás de él cunde en la cantina el rasgueo nervioso y veloz de una guitarra. La voz áspera de José Alfredo Jiménez brota de la radiola y dos tipos comienzan a vociferar desde la barra retando al resto de la concurrencia. Ramiro los ignora. Repasa una vez más los rasgos de la mujer en la fotografía sin encontrar uno que le ayude a sentir repulsión hacia ella. Tampoco ira.

Por eso es que en este mundo
la vida no vale nada.

Uno de los hombres en la barra enronquece al corear la canción, luego lanza un aullido y lo remata con un insulto al aire. Ramiro lo encara por un segundo; enseguida regresa a sus cavilaciones. Los tragos empiezan a embotarle la mente, las ideas acuden a ella aún lúcidas, pero envueltas en una suerte de neblina. Maricruz Escobedo es una hembra guapa, lo que resulta un estorbo. Con los hombres, por el contrario, basta un vistazo y de inmediato sobresale una oreja medio caída, una quijada ancha, los labios demasiado finos o abultados, un ojo chueco o la nariz torva. Nunca falta en ellos un detalle que facilite el trabajo. Recarga el retrato en un servilletero y los ojos color esmeralda lo ven directo al rostro como preguntándole por qué. Ramiro esquiva la mirada. Es igual que matar a la madre. O a una hermana. O a esta pobre morena que anda en chinga de un extremo a otro de la cantina sin tiempo ni para un respiro, sin ayuda, sin consideración de ninguno de los imbéciles que la bañan de insinuaciones apenas se les arrima. A ver a qué horas la van a dejar traerme otra copa.

Los tipos de la barra acorralan a la mesera, la agarran de la mano, le deslizan un brazo por la cintura para atraerla y cantarle al oído, intentan besarla. Ramiro los mide: uno gordo, prieto, vulgar, aunque vaya metido en un traje bien cortado; el otro desplegando ademanes de perdonavidas detrás de unos anteojos con armazón de oro. ¿Qué hacen los dos en esta piquera? Andan fuera de su mundo, se les nota. Según ellos, muy clandestinos, pero se vienen a meter a donde más resaltan. La noche, que desde hace alrededor de una hora ha caído sobre la urbe, cubre de

negro las ventanas. Adentro, el débil halo de los focos, incapaz de iluminar, ensucia el aire de la cantina. Una nube de humo, suspendida a la altura de las cabezas de los parroquianos, se agita cuando alguno de ellos expele una nueva bocanada.

Por primera vez desde que entró, Ramiro dirige la vista al resto de las mesas. Ninguna está libre. En las cercanas los hombres conversan entre sí; en una de las del fondo, como si desesperaran por un trago, cuatro sombras mantienen los ojos fijos en los borrachos que han secuestrado a la mesera. Ramiro sonríe. En cualquier rato les van a dar baje a estos pendejos con la cartera, con el reloj, hasta con los zapatos. Ya los ficharon los compas del rincón. Se lo merecen por idiotas. Quién les manda meterse donde no caben. La morena consigue liberarse y deja sobre la mesa de Ramiro otra copa de brandy. Enseguida reparte vasos y botellas en las demás, acosada en todo momento por las miradas babeantes de los dos tipos fijas en sus nalgas. Uno de ellos hace un comentario y su compañero responde a carcajadas. En cuanto la muchacha se halla de nuevo a su alcance, vuelven al asedio. Ramiro enciende un cigarro mientras contempla la escena, lleno de desprecio. Y ahí van otra vez a joderla, a embarrársele, enseñándole sus relojes caros, dándole a entender que la pueden comprar a ella y a los demás con lo que traen en la bolsa. Sin darse cuenta estira la mano y toma la imagen de Maricruz Escobedo. La levanta para verla bien. Cabrones, si alguno de ellos, o los dos, estuviera en esta foto, ése sí sería un gusto.

–Es tu cliente. ¿La conoces? –dijo Damián horas antes.

–No.

Los ojos de su jefe lo escrutaban con sumo cuidado. Parecía impasible, y sin embargo Ramiro notó el brillo que se instalaba

en sus pupilas cuando presentía algún titubeo en sus subordinados.

–Bonita, ¿verdad? –se burló–. Acostúmbrate a ella. Durante una temporada te vas a convertir en su amante más celoso, pegadito a su falda, sin perderla de vista.

Y se levantó en dirección del baño sin darle la oportunidad de replicar.

La partida de su jefe llamó la atención de los comensales cercanos y Ramiro se encontró de improviso en un cruce de miradas. Giró la cabeza en varias direcciones para estudiar a la gente que asistía a ese tipo de sitios: ejecutivos, funcionarios públicos, empleados de banco, secretarias en uniforme, comerciantes cubiertos de joyas. La fauna característica del centro de la capital, donde todos se han visto en ocasiones pero nadie se conoce. Las Sirenas, restaurant especializado en comida mexicana, se hallaba lleno, y mucha gente hacía cola en el pasillo de acceso. Ramiro se sintió molesto. Incluso el aroma de los platos, que menos de una hora atrás lo había entusiasmado, ahora estaba a punto de provocarle náuseas. La barbacoa y el consomé comenzaron a removérsele dentro del estómago, tomando vuelo en ese vaivén hacia arriba y hacia abajo que ni el café ni el cigarro logran amainar. Dudaba entre pedir otra copa o un vaso de agua. Tomó el sobre que Damián le puso en la mano antes de dejarlo solo. En la fotografía, bajo unas cejas espesas, los ojos verdes de Maricruz Escobedo buscaban insistentes los de Ramiro; la mano izquierda en alto levantaba la mata de pelo castaño con el fin de descubrir el rostro. Movió los dedos sobre la imagen y su huella digital apareció nítida, impresa en sudor, en el pómulo de la joven. Su cliente. Nunca entendió por qué Damián insistía en llamar así a quienes iban a morir.

Un mesero se arrimó ceremonioso. Mientras Ramiro ordenaba con voz apagada un poco de café y agua, el tipo se dio tiempo para contemplar a la mujer de reojo y le sonrió cómplice. Ramiro guardó la foto en el sobre y enseguida lo abandonó en la mesa. La actitud del mesero había motivado que se sintiera en evidencia, desnudo, como si quienes lo rodeaban en el restaurant estuvieran al pendiente de sus gestos, como si supieran el motivo de su reunión con Damián y conocieran a Maricruz Escobedo. Encendió un cigarro para levantar una cortina de humo entre los demás parroquianos y él, en tanto vigilaba el corredor por donde su jefe tendría que reaparecer.

Siempre lo había intrigado ese joven elegante, de modales finos, que jamás hablaba de otra cosa aparte del trabajo y era dueño del poder de decidir quién moría y quién continuaba viviendo. De su archivo, lleno de retratos, semblanzas, informes detallados de hábitos y costumbres, dependían las posibles viudas, los huérfanos, empresas decapitadas y organizaciones sin competencia. Solía acompañar sus órdenes simples y directas con una sonrisa. Nunca actuaba con misterio. Despreciaba la solemnidad. Éste es el que sigue, decía. Debe hacerse para tal fecha. En ocasiones daba un consejo o una recomendación. Ten cuidado, los guaruras que andan con él fueron mercenarios en Guatemala. A este cabrón ni te le acerques: huele el peligro; mejor dale desde lejos, usa el rifle de largo alcance. Nunca una palabra de sobra ni una muestra de amistad. Pura frialdad cortés.

No obstante, en la década transcurrida desde que había ido a sacarlo del Penal de la Loma, en Nuevo Laredo, para traerlo a trabajar con él al Distrito Federal, Ramiro aprendió a conocerlo durante las entrevistas de trabajo. Tras largas meditaciones dedujo que Damián pertenecía a una de las familias

poderosas del país, aunque no contaba con acceso directo a los niveles superiores. A través de comentarios sueltos se enteró de que, luego de realizar un doctorado en Chicago, donde fue condiscípulo de varios políticos mexicanos, regresó al país lleno de ambiciones, sólo para toparse con que sus hermanos mayores habían abarrotado los puestos de importancia en la empresa y las canonjías que el gobierno reservaba al clan. Ramiro lo imaginaba sumido en la frustración, empeñando su inventiva en idear una ruta propia hacia la riqueza y el poder personal, hasta que un miembro de la familia se metió en un atolladero cuya única salida era la desaparición de un competidor. Se volvió urgente conseguir quien hiciera el trabajo, un trabajo sucio y peligroso, indigno de cualquiera que llevara el apellido Reyes Retana. Simpático, con don de gentes, sabedor de que su carácter seducía a los hombres más duros, Damián se dio entonces a la tarea de explorar la ciudad con el fin de localizar un candidato. Semanas después el competidor desapareció y el joven patricio se dio cuenta de que acababa de emprender el camino que lo llevaría a cumplir sus planes. Ahora dirigía una empresa consultora especializada en seguridad, cuyo personal él mismo reclutaba en ciertas cárceles del norte, entre las pandillas de los barrios chicanos del otro lado de la frontera y en las ciudades perdidas de la capital. Cada elemento que ingresaba en su compañía entrenaba con disciplina hasta transformarse en un profesional refinado, educado, eficaz. Damián se consideraba el mejor en su negocio. Contrataban sus servicios grupos industriales, partidos políticos, organizaciones de narcotraficantes o el mismo gobierno; incluso amantes despechados o herederos impacientes. Ramiro era una de sus piezas fuertes en la empresa y, en diez años, había resuelto alrededor de dieciocho encargos.

Cuando el café y el agua estuvieron a su alcance, ya no se preocupó por las miradas impertinentes de los demás. Agarró el vaso y lo vació de un golpe para sentir cómo se aplacaba el oleaje dentro de su estómago, devolviéndole la calma. Lo que no pudo apaciguar fue la inquietud que le despertaba la fotografía, esa curiosidad de conocer la causa de la sentencia de Maricruz Escobedo. El jefe no se la diría; no formaba parte del contrato. Guardarse información era una de sus políticas y evidenciaba cierta inseguridad en su modo de ser que Damián pretendía disimular. Porque no obstante la frialdad impuesta, la distancia en el trato con los hombres a sus órdenes, la ironía que en él hacía las veces de barrera entre el exterior y sus pensamientos íntimos, Ramiro había adivinado en Damián un destello de aprehensión que en ocasiones agrietaba su careta. Quizás el oficio en el que triunfaba no fuera el soñado... Como tenía familia, esposa y cuatro hijos a quienes se esforzaba por mantener ocultos, también debía tener debilidades. O miedo. Su prudencia al alejar a sus subordinados así lo delataba. No los quería cerca. Ramiro y los otros gozaban por lo menos de seis meses de vacaciones bien remuneradas entre trabajo y trabajo, hasta que el patrón los llamaba de nuevo.

Tomó un trago de café y puso la mano abierta encima del sobre. Adentro estaba su pase para otro largo periodo de descanso en Cocoyoc, en esa casa de campo con muebles y decorado que le otorgaban una personalidad falsa, donde solía esconderse del mundo y sus molestias. Recordó el aire puro, el sol tenue, la quietud del paraje y deseó estar ahí, mas por ahora precisaba concentrarse en su nuevo cliente. ¿Cuál era el delito de Maricruz Escobedo? No imaginaba en ella otra razón que las comunes. ¿Infidelidad? Acaso la orden se debiera al despecho

de una hembra rival, o a que estorbaba un negocio. Sin levantar la mano, con un movimiento de los dedos metió la foto en el sobre y lo cerró. Sí, la mujer debía andar en algo chueco. Ya tendría tiempo de saber quién era.

–Bonita, ¿verdad? –repitió Damián al tomar asiento.

–Sí. Muy bonita... Lástima.

Pero es como matar a la propia madre, carajo. Ni los animales atacan a las hembras de su especie. Cuestión de naturaleza, pues. No se vale. A nadie le cruza por la mente. ¿O sí, morena? La mesera sigue su trajinar de un rincón a otro en el Salón Vasco. Aunque en su rostro es evidente el cansancio por las horas de trabajo acumuladas, ahora puede desplazarse con comodidad, ya que los borrachos de la barra no le hacen caso. Permanecen apoyados en los codos con el fin de evitar el tambaleo, dejando que sus vasos se mosqueen, sin notar las miradas de codicia de quienes se saborean por anticipado el dinero de sus carteras, sin escuchar en la radiola a Juan Charrasqueado gritando estoy borracho y soy buen gallo, antes de que una bala le atraviese el corazón. Para ellos el mundo de alrededor ha dejado de existir. Ramiro los observa mientras intenta disimular el hipo que desde hace unos minutos lo aqueja. Par de güeyes. Están en la hora de las meras netas: Te lo digo de coraza, manito, me caes a toda madre, nunca en mi vida he conocido a un macho tan reata. Y el otro: No, no, no, no, carnaaal, el que es pura ley, puro oro puro, eres tú, mi hermano, por eso yo voy a disparar las otraaas. Ramiro detesta las explosiones sentimentales, quizá por eso le resulta agradable trabajar con un tipo tan austero en el trato como Damián. Por un instante la mesera cruza su campo de visión y la sigue en su recorrido por la cantina. Y ahí va la morena, en chinga, una cuba aquí, una chela allá, sude y sude,

ahogándose por el montón de humo. No sé cómo no se resbala con tantos escupitajos y hielos tirados en el suelo.

La joven se interna detrás de la barra donde los dos tipos de traje se abrazan. Uno de ellos da la impresión de estar llorando. El otro le soba el cabello cerca de la nuca. Qué cariñosos. Escurren tanta miel que empalagan, cabrones. Debe ser por eso que es tan fácil bajar a los machos de una puñalada o un cuetazo. Dan hueva. Como matar al padre. Eso sí. ¿Por qué no? Sin dificultades. O a un hermano. Lo siento, carnal, tengo que borrarte. No me cuesta ni tantito, ¿vieras? La verdad es que tu presencia me molesta desde que naciste, desde que llegaste a recortarme los espacios, a quitarme el aire que me tocaba, desde que te dio por competir conmigo. No, no te odio, al contrario, te quiero mucho, al fin eres de mi misma sangre y crecimos juntos, pero nomás buscándole un poco salta el montón de deudas acumuladas durante toda la vida, suficientes para despacharte sin remordimientos, sin pestañear, pues. ¿Y a ti, viejo? Si te contara cada una de las cuerizas, de los regaños, las prohibiciones, las órdenes y los malos tratos a mi madre, no acabaríamos. Y nos parecemos tanto que sería un alivio, igual que romper un espejo, ¿no?

La muchacha le trae un vaso grande de agua mineral con mucho hielo. Para cortarle el hipo, dice. Ramiro agradece con los ojos la atención al tiempo que bebe a grandes tragos. Ella sonríe, se retira moviendo las caderas y se encamina a atender a los hombres del fondo. Algo le comentan con respecto a los de la barra y todos se carcajean. Ahora sí es seguro: en un ratito se los lleva la chingada. Cuantimás así de indefensos, de estúpidos. Desde hace un rato bajaron la guardia. Ya ni hablar pueden, por eso se tocan, se masajean; quieren seguir jurándose amor eterno a fuerza de puros fajes. A lo mejor los dejan vivos,

pero de perdida les acomodan su buena madriza y vengan los relojes y las carteras y no se me pongan muy locos porque hasta los pantalones y los zapatos, ¿qué no? Se lo merecen, pinches mamarrachos.

Como la última pieza musical enmudeció hace rato, uno de los hombres del rincón se levanta y va hacia la radiola. Por unos segundos el silencio se cierne sobre las mesas, hasta que las bocinas chillan al compás de una banda sinaloense. La cantina parece revivir. La mesera inicia un breve zapateo y uno de los clientes lanza un grito ahogado. Ramiro se descubre de pronto sin las contracciones del hipo y alza la mano pidiendo otra copa. Siente un zumbido rondando cerca de la oreja: la insistencia de una mirada colectiva. Voltea al extremo del local, desde donde tres de los hombres lo contemplan con descaro, y les devuelve la intención. A mí ni me vean, compas. Los alacranes no nos picamos entre nosotros. Para eso están los dos tipejos de la barra. Con ellos tienen sus buenos motivos, ¿no? Así es este mundo, ni hablar. Unos nacieron para morir, otros para hacerles el favor. Igual que si hubieran escuchado sus pensamientos, los tres hombres sonríen, enseñando sus dentaduras disparejas con dientes de oro. Luego desvían la vista a la barra, la devuelven a él y al final quedan absortos en su plática. Ramiro fuma y expulsa el humo que va a engrosar la nube. Frente a él, recargada en el servilletero, permanece la foto de la mujer de los ojos color esmeralda. Ahora es otra idea la que ocupa el centro de la mente de Ramiro, borrosa por el alcohol: Monterrey. Volver a Monterrey. Después de tanto. Pinche Damián. Todavía me dan cosquillas nomás de pensarlo. Que la morena me traiga el que sigue, a ver si ahora sí encuentro algo que no me guste en la tal Maricruz Escobedo.

Mira la media sonrisa entre coqueta y sorprendida de la hembra condenada a desaparecer. ¿Qué te costaba encargársela a otro, Damián? ¿O a otra? Siempre será más fácil que una vieja retire a su semejante. Cuando las bocinas de la radiola abren una pausa, la mesera se acerca con el brandy de Ramiro. Lo sorprende en plena contemplación, mas no sonríe; le brinda una mueca de entendimiento como si estuviera acostumbrada a los hombres en ese trance. Ha de pensar que ando despechado, dolido por ti, Maricruz. Ni se imagina. Es lógico: nadie tendría que imaginarse. Estas cosas no se hacen, patrón, y tú lo sabes. ¿Por qué me las encargas a mí?

–Porque tú eres de allá.

–Desde hace muchos años no voy. Ha de haber cambiado.

–No importa. Conoces la ciudad y pasas como norteño. El trabajo es tuyo.

–Deveras, ¿por qué no mandas a otro?

Por un segundo el brillo se desvaneció de los ojos del jefe cuando dijo terminante:

–En esto no hay opciones ni se cumplen gustos. Quiero que vayas tú.

Ramiro sorbió el café en tanto Damián, a su vez, bebía coñac. Al posar los labios en la taza sintió un temblor leve. Damián seguía examinándolo. Acostumbrado a que Ramiro cumpliera sus órdenes sin mostrar reacción alguna, su renuencia repentina lo intrigaba. Mas como no admitía negativas, para dar por concluida la discusión pasó a los detalles prácticos. Del mismo sobre que contenía la foto y los datos de la mujer extrajo unos documentos.

–Licencia de manejo, credencial de elector, tarjetas de crédito, particulares y empresariales: usa sólo ésta. También pape-

les e identificaciones como ejecutivo de la empresa y tu pasaje. Todo a nombre de Ramiro Mendoza Elizondo. Eres regio, trabajas aquí en México; vas a Monterrey a comprar maquinaria. Guárdalo todo de una vez.

Ramiro metió los documentos personales y las tarjetas en su cartera. Los papeles y el boleto los echó en el sobre. Revisó su alrededor. Desde que Damián había vuelto del baño la curiosidad de los comensales apuntaba a otro lado. Además, después de la hora de comida, suficientes mesas vacías daban cabida a quienes llegaran al restaurant. Tras una pausa, su jefe prosiguió.

–Cómprate unos trajes buenos. No se te vaya a ocurrir llegar en esas fachas. Esta mujer se mueve en círculos donde la gente viste bien. Y ya sabes: llegas y rentas un carro en el aeropuerto. Vas a tener una reservación en el Hotel Ancira.

Una ligera alteración hizo que su cuerpo vibrara. Conforme Damián proseguía dando instrucciones, el regreso a Monterrey era cada vez más real. El recuerdo de la ciudad norteña se montaba en su cerebro y comenzaba a correr como una película. Las calles, los edificios, la opresión del calor que se abatía sobre ella a cada instante y que su cuerpo había olvidado. Todo lo que su memoria había ocultado a lo largo de una década. La gente, los rostros familiares. Victoria. ¿Y si alguien me reconociera? Ramiro sintió que palidecía y, para que Damián no lo notara, rápido prendió un cigarro. Tosió. Buscó el vaso de agua, pero el mesero lo había retirado.

–¿Te pasa algo?

–Nada.

–No me digas que después de todos estos años te me vas a poner nervioso.

–No, no es eso.

–¿Entonces?

–Maté a tres hombres allá, frente a varios testigos. Hay gente con la que conviví durante mucho tiempo. ¿Qué pasa si me ven?

–Nada. Nadie te va a reconocer. Mírate en un espejo: tu cara es demasiado común, te confundes entre los otros, no presentas señas particulares, ni siquiera tus cicatrices se notan a simple vista. Vaya, no tienes identidad. Te adaptas a cualquier ambiente. En resumen, eres sólo un tipo idéntico a los demás, a todos. Por eso te mando a ti.

La mente de Ramiro trabajó con prisa, pero no halló ninguna razón que lo librara del regreso a Monterrey. Vencido, preguntó:

–¿Se puede saber qué fue lo que hizo la vieja?

–Eso no importa. Lo que sí te aseguro es que se lo merece, como tú dices.

Te lo mereces, cabrona. No hay duda. Ramiro da un vistazo a la foto, ahora medio borrosa. Sólo las esmeraldas de sus ojos brillan, poseedoras de luz propia. Las cejas, la mano, el cabello y la boca tiemblan y se llenan de arrugas como si trataran de reflejar la verdadera edad de la mujer. Ramiro cierra los párpados, levanta la cabeza y los abre de nuevo. Los muros de la cantina se han alejado de él, meciéndose en la penumbra hasta desfigurar los rostros de los hombres del fondo. La luz de los focos que aún permanecen encendidos aumenta y disminuye de intensidad sin motivo. La nube de humo gira despacio en torno suyo. Estoy borracho. Qué bueno. Ya perdí la cuenta de los tragos. ¿Me seguirán dando brandy o alguna de esas porquerías adulteradas? Morena, puedes hacer conmigo lo que gustes, envenéname, déjame ciego. Desde este momento quedo

a tu merced. Aparte de Ramiro, hay tres mesas ocupadas y los tipos de traje que beben callados, sin tocarse ya, medio cuerpo sobre la barra, la frente vencida. Inmóviles, se asemejan a dos cadáveres que se mantienen de pie sin que para ello intervenga su voluntad. En el rincón, ocultos entre la sombra, los cuatro hombres tienen aspecto de buitres al acecho, la cabeza sumida entre los hombros, los brazos a los flancos, la mirada atenta. Nadie se acuerda de echar una moneda en la radiola. El silencio oprime tanto como la penumbra y sólo se rompe cuando la mesera atiende un pedido con paso cansino.

Sí, te lo mereces, güerita. Por obligarme a volver. Los miembros le pesan igual que si hubiera trajinado lo mismo que la morena. Ni siquiera se dio cuenta de cuándo le puso otra copa. El brandy despide fulgores que multiplican la escasa luz de la cantina. Ramiro remoja el índice en él y luego se lo lleva a la boca. El sabor es amargo, quema las encías. Qué será de Victoria. ¿Y de los niños? Trata, sin conseguirlo, de recordar los nombres de sus hijos. Tampoco recuerda si son nomás dos, o si al final nació un tercero. Levanta la copa y la mueve en dirección de un foco cercano. La contempla a trasluz. El licor se agita, espeso en demasía, y se cuelga del cristal dejando rastros aceitosos. Prueba y reconoce lo que ha tomado desde el principio, aunque la sospecha de una bebida adulterada se le incrusta en las ideas. Los dos niños ya deben estar grandes. Seguro estudiarán en la universidad. ¿Y la Muda? La imagen de un rostro sucio y silencioso se atraviesa en su memoria. ¿Sigues en Monterrey, Muda? ¿En Nuevo Laredo? ¿O al final cumpliste tu propósito y te largaste al gabacho? Ramiro sacude la cabeza, se restriega los ojos. Enseguida apura el brandy y deposita la copa en la mesa con un chasquido. Concéntrate,

Ramiro. Vas a Monterrey a hacer un trabajo. Es una pinche ciudad infernal que hace años te escupió porque no te soportaba. Sí, concéntrate en tu encargo. La mesera apaga otras luces y las sombras que pueblan el Salón Vasco se densifican otorgándole un aspecto fúnebre. Ramiro tiene la impresión de que las almas turbias de los parroquianos devoran el resplandor de las lámparas. ¿O me estaré quedando ciego en verdad? Morena, otro brandy, por favor, o lo que me quieras dar. Tienes una sonrisa linda. Gracias, morena. Gracias por traerme mi veneno. Ojalá me haga efecto. Fija su atención en el líquido color ámbar, opaco por la penumbra, sin llevárselo a los labios, aguardando a que la superficie tersa e inmóvil lo ayude a eliminar los pensamientos, las visiones, el rostro desdibujado de Victoria, las siluetas de sus hijos, los ojos candentes de Maricruz Escobedo.

–¿O lo que te pone así es volver a esa ciudad?

–Mi único problema es que se trata de una vieja.

–Eso no es tan grave. Con unos tragos se te quitan los escrúpulos. Nomás piensa que es lo mismo. Ellas, igual que nosotros, respiran y dejan de respirar, sienten dolor y hacen daño, y pueden llegar a ser muy peligrosas. ¿Nunca te han dado ganas de despellejar viva a una vieja? A mí sí.

Como Ramiro no se mostraba convencido, agregó irónico:

–Además estamos en tiempos de igualdad. ¿No te has enterado? Las mujeres insisten en que se les trate del mismo modo que a los hombres. Y si a los hombres se les retira cuando estorban, ¿por qué a ellas no?

Damián alzó la mano e hizo la seña de escribir en el aire. El mesero se encaminó a la caja. El restaurant iba llenándose otra vez poco a poco, pero ahora de bebedores, lo que indicaba que la tarde comenzaba a declinar.

–No vayas a querer hacerte el macho. Procura ir sobre seguro.

–¿A qué te refieres?

–Tírale desde lejos. En el hotel te va a estar esperando un paquete con lo necesario. Úsalo. Síguela unos días para que te aprendas sus rutinas. La cosa tiene que hacerse el mero 23 de agosto en la tarde. Va a cerrar un trato tras la comida, así que te encargas de ella después. ¿Estamos?

Damián esbozó una breve sonrisa, satisfecho. Se quedó unos segundos en silencio. Repasó varias veces la corbata de su traje con el índice y el pulgar, como hacía al impacientarse. Por alguna razón su rostro fue ensombreciéndose hasta dejar entrever ese asomo de resquemor que Ramiro había descubierto a veces en él. Sin embargo, de inmediato sus rasgos cambiaron a un gesto inquisitivo.

–¿Alguna duda?

–No. Sí, una: ¿por qué me trajiste una foto en la que esta mujer aparece mucho más joven?

–No sé. A lo mejor para ver si así te enamorabas de ella.

El mesero llegó con la cuenta. Damián le entregó un par de billetes y se puso en pie. Ramiro lo imitó. Caminaron rumbo a la salida juntos, entre las miradas oblicuas de los bebedores y, al abandonar el restaurant, Damián le extendió la mano. Disminuido el brillo de ironía, sus pupilas poseían un ligero toque de hastío, o de tristeza, Ramiro no lo supo identificar bien. Fue un apretón suave, distante y frío.

–No corras riesgos. Y que sea limpio. Así es más fácil para todos.

El último trago sólo es el último porque no sería capaz de aguantar otro. Tráemelo, morena. Aunque estés agotada de andar en chinga entre borrachos que no pierden la ocasión de

manosearte. Tráemelo, para irme. Es tarde. Un hombre que Ramiro no había visto detrás de la barra cuenta billetes y monedas con dedicación de usurero. Dicta instrucciones a la mesera que comienza a ordenar sillas encima de las mesas y a recoger los vasos olvidados, los ceniceros rebosantes de colillas, las botellas tiradas en el suelo. La radiola zumba su abandono junto a la pared. La fotografía de Maricruz Escobedo ha caído al suelo entre ceniza y pequeños charcos y Ramiro se agacha tratando de levantarla. Su sangre diluida en alcohol corre hacia la cabeza. Le falta el oxígeno. Ante su mirada aparecen entonces círculos luminosos amarillos, rojos, azules, pero a través de ellos localiza las esmeraldas engarzadas al rostro de su cliente. Recoge el papel y se impulsa hasta desplomar el peso de su cuerpo en el respaldo de la silla, fatigado, como si el esfuerzo hubiera sido heroico. Mi brandy, morena. Me lo merezco. Señala la copa vacía con el índice mientras clava los ojos entrecerrados en la mesera. Tráemelo para hacer un brindis porque voy a matar a una mujer. A una tipa llamada Maricruz Escobedo. Muy cabrona ella. Tanto que los dioses la condenaron a muerte. De mala gana, la mesera va a la barra, toma una botella y vierte su contenido en una copa sin lavar. Cuando camina en dirección de Ramiro, sus chanclas aplauden en el piso rompiendo el silencio. Le da el brandy y luego desaparece y vuelve a aparecer con una cubeta y un trapeador. El Salón Vasco se satura de olor a creolina.

Ramiro coloca la foto en el sobre, lo dobla y se lo guarda en el bolsillo de la camisa. Después saca la cartera, la suelta encima de la mesa y bebe un poco de su copa. El licor no resbala al estómago, se queda prendido en la garganta provocándole un carraspeo. Sin embargo, las sensaciones corporales han pa-

sado a segundo plano; sólo advierte dentro de sí la reiteración de su pensamiento. Es verdad, mereces morir, cabrona. Como esos tipos de traje que hace un rato estaban en la barra y ya no están. Seguro los compas del rincón salieron tras ellos. Ya no están en la barra y puede que tampoco en el mundo. A esta hora los demonios salen a la ciudad igual que si olieran la desgracia. Contempla la cartera junto al brandy. La abre. Deja el dinero fuera y vuelve a echársela en el pantalón. Cóbrate, morena. Róbame también, no importa. Haz lo que quieras conmigo. Señálame con el dedo. Muéstrame ese demonio que escondes dentro de ti y que nomás enseña los dientes a la hora de la sangre. Así lo hiciste con los imbéciles de la barra que no dejaban de joderte, ¿verdad, morena? Tú los vendiste. Se los entregaste a tu señor y a sus amigos. Los atragantaste de alcohol adulterado hasta dejarlos suavecitos, listos para el apañón, ¿qué no?

El hombre de las cuentas enciende de un golpe todas las luces del salón y Ramiro alza la mano frente a los ojos para bloquear el resplandor. Comprende que debe irse. Decide dejar la copa a la mitad y hace un esfuerzo por levantarse. El demonio. Cada uno de nosotros lo carga escondido en las entrañas. Queremos que salga porque cuando se agita retorciéndose nos sentimos hinchados, a punto de reventar. Para eso ayuda el trago, ¿no, morena? Pero aquella noche sólo fueron cuatro cervezas. Ni una más. Por eso no quiero regresar. No hay nada mío ahí. Ése no era yo, sino el otro. El que ya no reconozco. Logra caminar rumbo a la salida sin tambalearse. La luz lo aturde y cada zancada le palpita en las sienes. El hombre en la barra aparta la vista del dinero por un instante y sigue los desplazamientos de Ramiro con expresión de fastidio. La mesera le sonríe con tristeza a manera de despedida. ¿A dónde se fueron

los demás? ¿Y tus galanes, morena? ¿Ésos de traje y corbata? Ya no existen. Qué delgada es la frontera que divide una vida y otra. Qué sencillo brincarla y olvidarse de todo. Alejarse. Por eso lo que somos no tiene nada que ver con lo que fuimos. Lo dice Damián y él sabe de estas cosas. Quiero vomitar. Ese trago que me diste al final era puro aguarrás, morena. El mundo me da vueltas. Aquella vez andaba el demonio suelto. Un demonio viejo que me señaló con el dedo y me hizo lo que soy. No importa. Voy a meterme en la noche. Voy a matar a una mujer. Voy a volver al norte.

Abre la puerta y la calle lo recibe en silencio, apenas rota la oscuridad por la luz vaga de los faroles. Avanza en diagonal, abandonándose a donde lo quieran llevar los pies. Tose y el asco se recrudece. Planta con firmeza la suelas en el piso y respira varias veces lo más hondo que puede. El aire fresco le limpia un poco la mente. Levanta la vista y se encuentra con la enorme fachada del templo de Santo Domingo. Las esculturas que flanquean el portal parecen alargarse, sus sombras se alborotan en los rincones, tiemblan excitadas como lenguas de fuego negro. Ramiro las observa fascinado durante unos minutos. Son incapaces de hacerme daño. Me reconocen. Soy una de ellas. Da media vuelta y extiende la vista a la plaza desierta, aguza los oídos, aspira el olor de la ciudad. Aquí realizaban sacrificios humanos a los dioses. Después quemaron herejes. Ahora destripan incautos. De todos ellos sólo quedan las sombras. Y quieren venganza.

Con trancos aún inseguros comienza a desandar el camino que recorrió en la tarde. Llega a la fuente donde la mujer retratada en el dinero ahora preside la soledad. Antes de bajar a la siguiente calle, entre dos de los pilares que limitan la plaza,

donde durante el día se instalan los evangelistas con sus máquinas de escribir, descubre unas siluetas moviéndose en el suelo. No precisa acercarse para saber que se trata de cuatro hombres inclinados sobre dos cuerpos desnudos, como depredadores desollando a su presa. Ven pasar a Ramiro con sonrisas rabiosas en el rostro a modo de advertencia. Los galanes de la morena. Ya sin trajes finos ni relojes. Se lo merecen. Por mí ni se preocupen, compas. No me gusta zopilotear. Además, tengo chamba. Conforme se aleja de la plaza, sus pisadas atraen a los perros que deambulan por el rumbo. Lo siguen unos metros y, al ver que no trae nada para ofrecerles, reculan aburridos. Ningún otro ser vivo le sale al encuentro. Hacía un calor del diablo. Sí, lo recuerdo. Había gente, mucha. Qué asco tengo. A lo lejos el Zócalo se abre a la noche semejante al final de un túnel, amplio, bien iluminado. Algunos autos doblan la esquina y arrastran estelas de luz roja alejándose con rapidez. Ramiro acelera la caminata y la respiración. Poco a poco ha conseguido eliminar el balanceo de su cuerpo, aunque todavía los edificios parecen inclinarse y girar ante su vista. Sí, había montones de gente en la calle. Y perros también. Los perros me seguían. Victoria me estaba esperando. Pero no a mí. Al de antes. Tan distinto a éste que ni recuerdo su nombre. ¿Bernardo? Da igual. Era otro. Ya no aguanto las ganas de vomitar. Ramiro sigue caminando hasta que la borrachera, el asco y el eco de sus pasos al rebotar una y otra vez en los muros de los edificios acaban por desvanecer el murmullo de sus pensamientos.